

Llama la atención el delicado respeto con que el autor se acerca al contexto cultural y a las personas. Se sitúa a pie descalzo ante la realidad, haciendo consciente al lector de que estamos siendo introducidos en una “tierra sagrada”, en la que el Señor se revela y donde es más lo que se recibe que aquello que se puede ofrecer. Las palabras, escritas en primera persona, rezuman experiencia y permiten asomarnos al corazón del autor, que se presenta sin artificios, a pecho descubierto y con una honestidad que sitúa al lector ante su propia verdad.

Es un libro que se lee muy ágilmente, pero que pide ser reposado y aminorar la velocidad para dejar que resuenen sus vivencias en el corazón. Las cuidadas citas que encabezan cada uno de los capítulos sitúan al lector en la misma sintonía espiritual que se pretende transmitir en las líneas que introducen. Se trata de una obra delicada, sugerente, con un castellano exquisito y que encierra la máxima implicación personal del autor. Estamos ante una delicatesen que requiere ser saboreada con la calma necesaria para apreciar todos sus matices.—Ianire ANGULO ORDORIKA

Actualidad - sociología

ALBERO, Miguel: *Fake. La invasión de lo falso*, Espasa (Ed. Planeta), Barcelona 2020, 254 pp. ISBN: 978-84-670-5888-8.



Hace tiempo que no me entretenía tanto con un ensayo. *Fake* es un libro ameno, ágil, escrito con gracia y fluidez que al mismo tiempo nos ayuda a reflexionar en un tema nada baladí, como es la necesidad que tenemos los seres humanos de “inventar” una realidad falsa para -en teoría- vivir mejor en ella.

Es también un libro difícil de clasificar. A ello contribuye su género literario (a caballo entre el ensayo y la narración) y el hecho de que encontremos, a mi parecer, dos partes de distinto carácter en la obra, por más que en ambas el autor mantenga el mismo lenguaje y estilo.

La primera parte, que comprende los capítulos I-III, explora la definición de “falsificación” (en la que, para el autor, es central la intención de engañar) y reflexiona sobre por qué en nuestros días lo falso parece extenderse como un cáncer que ya tiene metástasis (según la imagen que utiliza el propio autor). Es la parte de carácter más sociológico e incluso filosófico, pues Albero intenta explicar qué motiva la tendencia que el ser humano ha tenido siempre hacia la falsificación de la realidad y por qué en la actualidad esa tendencia parece haberse extendido como nunca lo había hecho. La tesis del autor es que antes las personas acudían a la religión y/o las ideologías para conseguir vivir con esperanza en una realidad llena de dificultades. Tras la caída de la

popularidad de ambas “herramientas”, el ser humano ha intensificado su falsificación de la realidad para hacerla más llevadera, más fácil de ser vivida.

La segunda parte comprendería, en mi opinión, todo el resto del libro (capítulos IV–IX). En estas páginas Miguel Albero elabora “una breve enciclopedia del arte de la falsificación, una guía y una brújula para caminar en la selva de la mentira compulsiva”, como señala Manuel Vilas en el Prólogo (p. 9). Para ello explora distintos tipos de falsificación (la impostura o hacerse pasar por quien no se es, la falsificación del dinero, de los artículos comerciales, de la historia y del arte) a través de las historias de falsificadores que han destacado en esas categorías. Además de narrarlas con sentido del humor, al hilo de estas historias va reflexionando sobre algunas cuestiones relacionadas con el mundo del *fake*; por ejemplo, a menudo subraya cómo la mayoría de las veces el móvil es económico.

Se trata de un libro interesante y ameno para quien tenga curiosidad por explorar algunos hitos de la historia de la falsificación e iniciarse en la reflexión sobre lo que significa lo *fake* para la sociedad actual. Con todo, es de justicia admitir que lo primero tiene un peso mayor en la obra que lo segundo. Quien acuda a *Fake* buscando una completa sociología de lo falso no la va a encontrar, aunque sí hallará algunas ideas interesantes para iniciar la reflexión. En todo caso, su lectura merece la pena.—Marta MEDINA BALGUERÍAS